

del otro y entre ellos los nadadores, tan próximos á ser presos por sus verdugos como recogidos por sus salvadores.

— ¡ Alto ! rugió de nuevo el vigilante, ú os echo á pique.

— ¡ Pasad por encima ! exclamó Marenval, que se inclinó en la proa, como para dar más autoridad á su orden.

— ¡ *Gohead* ! gritó el timonel.

El vigilante disparó el revólver contra la lancha y la gorra blanca de Marenval voló al mar atravesada por un balazo. En el mismo instante resonó un crujido formidable. La lancha, lanzada á todo vapor contra la chalupa, la había abierto por enmedio de las bordas. Se oyó un grito y todo se hundió. Sobre las olas se veía solamente la lancha del yate.

— ¡ Á nosotros ! gritó Tragomer levantándose sobre el agua.

En torno de los nadadores aparecían de nuevo luchando con las olas el vigilante y los remeros. En este momento unos brazos vigorosos se tendieron hacia los fugitivos y anhelantes, sofocados, casi sin vida, Cristián y Jacobo fueron izados á la lancha salvadora.

— ¡ *Te kere* ! dijo el timonel.

Los marineros se echaron al fondo de la lancha. Una lluvia de balas de los canacos de la orilla pasó silbando por el aire. Al mismo tiempo apareció

otra chalupa haciendo fuerza de remos hacia el lugar de la lucha.

— ¡ Al yate ! gritó Marenval. Ya nos abrazaremos después.

La lancha viró y se dirigió hendiendo las olas hacia el navío. El sol cayó en este momento como una bola de fuego en las olas y se hundió en ellas. El crepúsculo se apoderó del mar y solamente se oyeron, á lo lejos, allá, en la playa, los gritos de los canacos. Un marinero entregó á Jacobo y á Cristián vestidos secos, y temblando aún, tanto por los esfuerzos realizados como por el frío del agua, arrojaron sus pantalones empapados y se vistieron. Hasta que estuvieron á bordo del yate no se cambió ni una palabra.

— ¿ Y bien ? preguntó el capitán inclinado sobre la borda.

— ¡ Está hecho ! contestó Tragomer.

Por la escala de cuerda que pendía del flanco del navío subieron sobre cubierta, la embarcación fué suspendida, y el yate volvió á tomar la velocidad un punto interrumpida, con la proa hacia alta mar.

— ¡ Libre ! mi pobre Jacobo, dijo entonces Marenval echando los brazos al cuello del joven y mirándole con ternura. ¡ Ya era tiempo de que llegásemos ! ¡ Cómo ha cambiado usted !

Lavada por el agua del mar, sin pintura y sin postizos, la cara enflaquecida de Freneuse aparecía macilenta y melancólica.

— Gracias, amigos míos, gracias por vuestra heroica abnegación. Quisiera decirles toda la gratitud que hay en mi corazón, pero me faltan las palabras. Perdonadme...

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Jacobo las enjugó con la mano, ahogó un sollozo y haciendo un gesto de enfado se dirigió hacia la popa del navío. Allí se sentó en un róllo de cuerdas y dejando caer la cabeza entre las manos tomó una actitud de profunda meditación.

— Conviene dejarle solo, dijo Tragomer. Tiene necesidad de entrar en posesión de sí mismo. La transición entre su aniquilamiento desesperado y la vuelta á la vida ha sido muy brusca. Mañana estará más tranquilo, sus ideas habrán entrado en orden y podremos interrogarle con fruto. Y ahora, Marenval, reciba usted mis felicitaciones. Ha resistido usted á las autoridades de su país con un aplomo admirable. ¡ Está usted fuera de la ley, amigo!

— ¡ Pardiez! Bien ha visto usted que aquel diantre de sargento quiso matarme. Una de sus balas se llevó mi gorra y si da dos milímetros más abajo se lleva la cabeza.

— ¡ Pero usted no le ha errado ni ha tardado en echarle al agua!

— Amigo mío, dijo gravemente Marenval, en aquel instante no había que andar con paños calientes. Vi que todo se iba á perder si no echaba

á pique la tal embarcación y ¡ qué diablo! no dudé.

— Hizo usted perfectamente, Marenval. Sin usted todo estaba perdido.

— Lo sé, y no estoy descontento de mi manera de obrar. Pero sepa usted que no era de los carceleros de lo que yo tenía más miedo por todos. Desde que nos separamos del yate, venia siguiéndonos un enorme tiburón que parecía acechar el momento en que alguien cayese al agua. Es un milagro que no haya intervenido en la pelea...

El movimiento de los barcos, los gritos de los canacos y la rapidez de la acción le habrán espantado. Yo también temía la presencia de algún escualo y me había provisto de un cuchillo para no dejarme devorar sin defensa.

— Supongo, dijo friamente Marenval, que se habrá dado un banquete con el grueso sargento que tanto empeño tenía en fusilarme...

— ¡ Se va usted haciendo feroz, amigo mío!

— Yo soy así cuando se me saca de mis costumbres... Y á propósito ¿ y el buen Dougall?

— Conforme estaba convenido Dougall ha debido ir á la lancha de la administración como si nada supiera. Seguramente ha sido detenido por el vigilante que me acompañaba.

— ¿ Era el sargento grueso?

— ¡ No! Aquel no venía á perseguirnos, y me alegro. Era un buen hombre y no hubiera querido hacerle mal. Tenía una manera tan cómica de lla-

marme: « Milord »... Porque sepa usted, Marenval, que nadie quitará de la cabeza á las autoridades coloniales que han sido los ingleses los que han dado el golpe.

— Ha tomado usted todas las precauciones para que sea así. ¿ Pero qué le sucederá á nuestro marinero ?

— Dougall es un muchacho muy inteligente. No sabe ni una palabra de francés y á todas las preguntas que le hagan responderá : « No comprendo; llevadme ante el cónsul de Inglaterra ». Una vez ante el cónsul, está salvado. No ha tomado parte en nada y se ha separado de mí en el momento comprometido. El haberle abandonado prueba que no estaba enterado de nuestros proyectos. Para las autoridades de Numea, que tienen nuestros papeles, ese hombre pertenece á la tripulación del *Albert-Édouard*, del puerto de Southampton. Llegado á alta mar el *Albert-Édouard* se convierte en el *Magic*, y que busquen. Durante este tiempo Dougall, con las cien libras que le he dado, tomará el vapor para Sydney y, créame usted, llegará á Inglaterra antes que nosotros, porque no tendrá que atravesar ese endiablado canal de Torres, sembrado de escollos peligrosos.

Marenval hizo un signo de asentimiento. Luego preguntó :

— ¿ Cree usted que nos perseguirán ?

— Dentro de una hora lo sabremos. Pero eso no

me inquieta. Corremos como el viento y no será un aviso del Estado el que pueda darnos caza. Esos ingleses saben hacer barcos, no hay que negarlo. Aquí tiene usted un navío de recreo que corre como un torpedero.

— ¿ Mantendremos mucho tiempo esta velocidad ?

— Hasta que salgamos de las aguas francesas. Una vez en las aguas neutras tomaremos nuestra marcha de paseo.

— ¿ Y cuándo estaremos fuera de todo peligro ?

— Hacia las doce de la noche.

— En ese caso, ¿ le parece á usted que comamos ?

— Á fe mía que me vendrá muy bien. Este baño me ha abierto un apetito feroz.

— ¿ Llamamos á Jacobo ?

— No; dejémosle tranquilo. Un camarero le traerá un plato con fiambres y él comerá si tiene hambre. La soledad es buena para ese espíritu alterado.

Los dos amigos bajaron al comedor. Jacobo, solo en la popa bajo la vela hinchada por el viento, apoyado en la borda y aniquilado de cansancio por los esfuerzos impuestos á su cuerpo debilitado, dejó su débil cabeza balancearse á merced del vaivén del barco, y en la dulce y tibia noche experimentó por primera vez después de mucho tiempo una sensación deliciosa de paz y de tranquilidad.

Sentía bullir bajo sus pies la poderosa máquina y pensaba que cada vuelta de aquel rápido motor le alejaba de la cautividad y le acercaba á los que le amaban y no habían cesado de llorarle.

Sus miembros estaban como entumidos, pero su pensamiento se destacaba poco á poco como de una bruma y aparecía luminoso y activo. Su vista recorrió la extensión del mar y allá, á lo lejos, en el límite del horizonte, vió la luz del faro como un punto luminoso apenas perceptible y que disminuía hasta borrarse, como un signo de la desgracia. Estaba libre y rodeado de amigos é iba á ver á las personas que amaba. Pero al mismo tiempo se encaminaba á la lucha.

Una arruga apareció en su frente. La libertad le imponía terribles deberes; tenía que justificarla descubriendo el verdadero culpable. Su evasión no podía tener excusa si no enviaba al criminal, hasta entonces impune, á ocupar su puesto en la cordelería, al lado de la fragua en que los penados forjaban sus propias cadenas. Instintivamente extendió el brazo y con alegría se sintió libre de la dura anilla. En su puño se veía, y se vería por largo tiempo, la señal causada por el brazalete de vergüenza.

Todos los horrores de su infamante vida se presentaron á su imaginación y acudió á su memoria la imagen del capellán que le exhortaba á la resignación en memoria de los sufrimientos divinos.

Entonces no esperaba que cambiase su destino. Se veía encerrado para siempre en aquel recinto de dolor y de miseria y aceptaba su espantoso porvenir con ánimo sumiso. Un impulso de agradecimiento se apoderó de su pensamiento; levantó los ojos al cielo, y en aquel imponente silencio de la mar desierta, bajo el firmamento bordado de estrellas, rezó en acción de gracias á la divinidad que le había salvado.

El camarero se acercó á Jacobo y puso á su alcance las provisiones que sus amigos le enviaban, sin que él lo echase de ver, sumido en su meditación. El yate había apagado sus fuegos para escapar más fácilmente á una posible persecución y en el mar sin límites, el espíritu de Jacobo, sereno y fortificado, reposaba ya en una tranquilidad absoluta. En aquel momento no dudó que haría brillar su inocencia con pruebas irrefutables.

Una firme convicción reemplazó á la duda que le había torturado tanto tiempo hasta hacerle sospechar si en un momento de embriaguez que no recordaba habría, en efecto, cometido el crimen. Ahora se sentía en posesión de otra conciencia y se convertía en otro hombre libre corporalmente y dueño de su pensamiento.

Permaneció toda la noche meditando en el mismo sitio, sin que los pasos del hombre de cuartó que recorría acompasadamente el puente le arran-

casen á sus reflexiones. No vió al capitán que de pie en su sitio de honor velaba doblemente aquella noche. Se encontraba en una especie de exaltación que abolía para él todas las percepciones exteriores, para no dejarle sino las sensaciones íntimas, que eran deliciosas, porque encontraba en ellas todo el tesoro de su delicadeza, de su fe, de su honor, que le había sido arrebatado brutalmente durante aquellos dos años nefastos.

El alba blanqueaba haciendo palidecer á las estrellas. El viento refrescaba y la primera cuadrilla de marineros de servicio apareció en el puente. Jacobo suspiró, comprendiendo que tenía que salir de las esferas inmateriales en que su espíritu se había reconfortado durante aquella velada y entrar en la vida corriente y positiva. Y cuando el día sucedía repentinamente á la noche, Jacobo se levantó y miró en derredor suyo. Por todas partes el mar estaba libre. Dos leguas á la derecha un gran vapor avanzaba pesadamente hacia las islas Loyalty. Por detrás ni un punto sospechoso. Por delante la extensión ilimitada, sin una embarcación, sin una vela.

— Querido Jacobo, dijo la voz de Tragomer; estamos salvados. Ahora podemos respirar.

Freneuse se volvió. Su amigo salía de la cámara y venía hacia él. Jacobo le tendió la mano sonriendo.

— Perdóname, dijo, que te dejara ayer tarde.

Estaba como una fiera escapada de su jaula y á quien asusta el aire libre y el ancho horizonte. Tenía necesidad de esconderme, de buscar un rincón sombrío, falto ya de la costumbre de vivir libre... La servidumbre es una arruga que no se hace desaparecer fácilmente. Ahora ya estoy repuesto.

Tragomer apoyó la mano en el hombro de su amigo.

— Tienes dos meses delante de tí para entrar de nuevo en posesión de ti mismo. Nuestro viaje va á ser por eso convenientísimo. Poco á poco volverás á tus costumbres de dignidad y cuando llegues á Europa serás el Jacobo de otro tiempo.

Por la frente de Freneuse pasó una sombra.

— ¡Jamás!, dijo. El Jacobo de otro tiempo ha muerto. Se ha quedado en el presidio con la cadena del penado. El Jacobo que te llevas no tendrá más que una preocupación en la vida, la de hacer olvidar á los que le aman las penas que les ha causado.

— Lo apruebo, dijo Cristián, porque es justo. Pero ven conmigo á tu camarote... Te vestirás mientras Marenval se levanta; él no es tan ma- drugador como yo y además las fatigas y las emociones de esta terrible jornada le habrán rendido... Pero está contento y orgulloso. No daría su expedición por el doble de lo que le ha costado... Lo único que siente es no llevarse la gorra atravesada

por la bala del vigilante. ¡Qué trofeo para un hombre pacífico!... Pero aquí tenemos á nuestro capitán...

Un joven rubio, de cara sonrosada, se adelantó hacia ellos.

Tragomer dijo :

— M. Edwards, presento á usted á mi amigo el conde de Freneuse. En este momento no está del todo presentable, pero usted le verá dentro de un momento más correcto.

— Celebro, caballero, dijo el marino con un acento inglés muy pronunciado, haber contribuido á sacarle de penas... Lo que mis patrones me habían contado me ha hecho fácil y agradable el servicio que les he prestado... Hemos arriesgado algunas cosillas, añadió el inglés sonriendo ; pero en este momento estamos bajo la protección de esa bandera...

Y el capitán señaló orgullosamente al pabellón británico que flotaba en el palo de popa.

— ¿De modo que está usted enteramente tranquilo? preguntó Tragomer.

— Estoy en el mar que pertenece á todo el mundo ; soy dueño de mi barco ; y si alguien quisiera hablarme, le respondería con esto.

Dió un golpe amistoso en una de las largas piezas de cobre que iban perezosamente echadas en el puente, y añadió con una hermosa confianza nacional :

— Y toda Inglaterra estaría detrás de mí.

— ¿Dónde estamos en este momento y á dónde nos dirigimos? preguntó Tragomer.

— Estamos atravesando Bowen, en Australia, y tenemos la proa hacia Nueva Guinea. Voy á acortar la marcha, para no agotar inútilmente nuestras carboneras, pues no podremos llenarlas hasta Batavia. Vamos á navegar á la vela.

— Haga usted lo que crea conveniente, capitán. Nuestro interés es dejarnos llevar.

Bajaron al salón y se dirigieron á los camarotes. Por primera vez desde hacía mucho tiempo Jacobo encontraba el lujo y la comodidad á que estaba acostumbrado desde la niñez. Le habían preparado un ancho camarote aumeblado con una cama, un armario de espejo y un lavabo. En todos los detalles brillaba la limpieza inglesa y Jacobo encontró con alegría infantil los cepillos, los frascos y los utensilios de tocador que constituyen los cuidados y la elegancia de la vida.

Se dejó caer en una butaca mirando al rededor, como si no se cansara de contemplar lo que veía ; pero de repente palideció. En la cabecera de la cama y en marcos de oro acababa de ver los retratos de su madre y de su hermana. Vestidas de negro, tristes y desmejoradas, parecían llorar al ausente. El día antes de salir de Southampton, Marenval había recibido aquellas fotografías destinadas á Jacobo y que representaban una promesa de perdón.

— ¡Qué cambiadas están! dijo Jacobo después de un largo silencio.

— Y sin embargo, en ese momento empezaban á esperar...

— ¿Cómo hacerlas olvidar lo que han sufrido por mí?

— ¡Oh! Muy fácilmente. En las madres y en las hermanas hay tesoros de indulgencia. Les bastará volverte á ver. Lo que más daño les ha hecho no es creerte culpable, sino saber que eras desgraciado.

— Dime cuál ha sido su existencia desde hace dos años.

— La de dos reclusas voluntarias. Han huido del mundo á quien acusaban de tu pérdida, y se han confinado en su casa para llorar á sus anchas. Todo lo que no fueses tú era extraño para ellas. Todo lo que no participaba de su fe en tu inocencia y de su desolación por tu martirio, fué separado sistemáticamente. Yo mismo...

— ¿Tú, Cristián? exclamó Jacobo con sorpresa.

— Sí, yo; porque en el primer momento de estupor incliné la cabeza ante la sentencia que te condenaba; porque no reaccioné bastante pronto contra la infamia que te era impuesta, fuí rechazado por tu madre y por tu hermana..., ¡por tu hermana, á quien amo, por María, que estuvo aún más dura que su madre! Su puerta se me cerró, como si yo fuera un importuno ó un enemigo... Y á

pesar de mis esfuerzos nada pude conseguir hasta que di con los primeros indicios del error de que habías sido víctima. Sólo entonces la señora de Freneuse consintió en verme y no puedes figurarte la intransigencia de tu hermana... Hasta el último minuto no se presentó delante de mí y si me estrechó la mano fué porque afirmé que iba á arriesgar mi vida por salvarte.

— ¡Querida María! Y tú, pobre Cristián, también has sido desgraciado por mi causa...

— Pero tomaré un brillante desquite. Cuando te arroje en sus brazos tendrá que reconocer que no soy un ingrato ni un indiferente, su altivez se humanizará y la volveré á ver como en otro tiempo, sonriente y afectuosa.

Jacobo se puso grave y dijo con lentitud, como si pesase las palabras :

— Hace veinticuatro horas, Cristián, estoy reflexionando sobre todo lo que me has revelado. La noche que precedió á mi evasión, mientras yo temblaba por sus consecuencias, y anoche, en fin, cuando me encontré libre entre las inmensidades del mar y del cielo y en presencia de Dios, pensé en todo lo que tiene de extraño tu relato y resolví perseguir la prueba del crimen que se ha cometido conmigo. Me he convencido de que mi primer deber es rehabilitarme. Mi madre y mi hermana han llorado durante dos años; yo he padecido torturas inconcebibles, mientras los verda

deros culpables se regocijaban por mi pérdida y se reían de mi vergüenza. Son unos monstruos y quiero castigarlos. Si Lea está viva, si Sorege es cómplice de su desaparición y la sustituyeron con otra víctima, es preciso que la verdad brille y que se sepa qué móviles les guiaron y cómo lograron engañar á la justicia y á mí mismo. Es indispensable que me digas todo lo que sabes y que yo te cuente lo que ignoras. Porque ante los jueces no lo he dicho todo, no podía decirlo. He dejado sin esclarecer ciertos misterios porque no quise comprometer á alguien á quien yo creía extraño al asunto. Pero ¿quién sabe si me engañaba? Cuando hayamos restablecido los hechos de un modo verosímil, ya que no real, convendremos el modo de obtener el resultado que ambicionamos.

— ¡ Al fin! Estas son las palabras que yo esperaba, que yo preveía, exclamó con fuego Cristián. ¿No lo has dicho todo ante los jueces? ¿Has temido comprometer á quién? ¡ Acaso á los mismos que te perdían! Pero vamos al fin á comprenderlo todo y á descifrar este enigma... Esperemos á Marenval, que tiene derecho á saber lo mismo que nosotros.

En el mismo momento se abrió la puerta, y Cipriano se adelantó hacia Jacobo con las manos tendidas, sonriente y dichoso.

— ¡ Y bien! ¿ Nuestro pasajero empieza á reponerse de sus emociones?

— Vuestro protegido no tendrá bastante con todo su corazón para agradecer lo que habéis hecho por él.

— Querido amigo, nos quedan dos meses de vivir juntos y tendremos tiempo para congratularnos mutuamente. Porque, salvación aparte, vamos á hacer con usted un viaje admirable. Y como pasaremos nuestro tiempo en penetrarnos de su inocencia, tendremos una completa seguridad de espíritu.

Marenval, con su buen sentido, infundió calma en los ánimos ya muy exaltados de los dos jóvenes y les volvió al equilibrio recordándoles la justa noción del tiempo y de las cosas.

— Mi querido Jacobo, ante todo es preciso devolverle á usted una figura humana. El ayuda de cámara va á venir á afeitarte, á peinarle. En el armario encontrará usted ropa blanca y vestidos á su medida. Se sentirá usted con más aplomo cuando esté lavado y mudado. No hay como encontrarse en su traje ordinario para volver á sus costumbres. Cuando esté usted listo, véngase al comedor. Almorzaremos y después, si nos conviene, charlaremos.

El criado entró. Marenval y Cristián dirigieron un ademán amistoso á su huésped y salieron del camarote.